

Entre el patrimonio y la historiografía: desindustrialización, desempleo e historia obrera. Una propuesta desde Navarra*



NEREA PEREZ IBARROLA

(Universidad Pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa)

[nerea.perez@unavarra.es • <https://orcid.org/0000-0002-3720-2904>]

Introducción

Tras la demolición en 2019 de la fábrica de la Superser, hasta no hace mucho una de las fábricas de referencia en la Comarca de Pamplona,¹ el pasado industrial de la ciudad se nos ha hecho cada vez menos visible. El patrimonio hace presente ese pasado en nuestra sociedad, de modo que una transformación del paisaje urbano que implica la desaparición de fábricas abandonadas y en ruinas conlleva, irremediabilmente, invisibilizar la historia relacionada con ese pasado. En esas fábricas se conformó una clase obrera a partir de la segunda mitad del siglo XX,² por lo que eliminar el rastro físico de las mismas supone relegar al olvido a los sujetos, las experiencias, las esperanzas, las luchas y resistencias y la memoria de esa clase.

En este sentido, si entendemos que los restos físicos de las fábricas son imprescindibles para conocer las experiencias e identidades surgidas en las mismas, quizá la demolición y desaparición de estos espacios nos ofrece una cruel metáfora de lo ocurrido con la clase obrera³ desde los años 80 hasta hoy.

El historiador David Beorlegui estudia en un interesante artículo la melancolía que resultó del cierre y desmantelamiento en Bizkaia de muchísimas empresas a lo largo de la década de los 80 (Beorlegui, 2018). La desindustrialización se aborda aquí como un proceso que tuvo efectos devastadores en las personas que participaron en el movimiento obrero vizcaíno durante los últimos años de la dictadura franquista y los inicios de la transición política, ya que de la vivencia de la desindustrialización de estas personas se concluye que con la desaparición de las grandes industrias de la zona habían perdido a una parte de sí mismas. El paisaje urbano postindustrial refuerza esta vivencia, ya que figurada y literalmente parece sepultar los valores emancipadores asociados al mundo obrero bajo un cúmulo de ruinas y escombros (Beorlegui, 2018).

Las ruinas y los escombros señalan la existencia de una historia: guardan la memoria de aquellos valores, señalan que en un pasado existieron y recuerdan que todavía existen; pero, a la vez, son testigos incómodos del drama de la desindus-

* [Enviado 2023-10-02 • Aceptado 2023-11-13] • DOI: <https://doi.org/10.58504/rgu.37.2>

trialización, de la pérdida del empleo que conllevó el cierre de fábricas y del drama humano que eso supuso para miles de trabajadores y familias. Tal vez por eso los escombros, el patrimonio industrial, resulte molesto.

Todo ello me lleva a pensar en la estrecha relación que existe entre el patrimonio urbano y la historia de la desindustrialización y la clase obrera. La destrucción del patrimonio urbano, culmen del proceso desindustrializador, oculta miles de experiencias que conforman la historia obrera de los años 80. Tomemos como ejemplo el desempleo. La desaparición de las fábricas oculta que estos espacios en los que antes trabajaban cientos o miles de personas se abandonaron y redujeron a escombros. La eliminación de las ruinas oculta también la historia de estas personas, sus experiencias dramáticas de lucha por la supervivencia y resistencia ante la lógica de una desindustrialización que, arrebatándoles el empleo, les arrebataba también parte de su identidad como trabajadores (Todd, 2018, p. 429).

La desindustrialización es un proceso histórico complejo, ya que implica toda una serie de transformaciones económicas, sociales, espaciales, culturales y políticas que hacen necesario que su estudio se aborde desde múltiples perspectivas (Beorlegui, 2018). El objetivo del presente artículo es aproximarse a la desindustrialización desde la perspectiva de la experiencia obrera, poniendo atención en uno de sus aspectos menos estudiados: el desempleo. En concreto, haremos una primera aproximación a los movimientos de desempleados de Pamplona en la primera mitad de los 80 con un triple objetivo: situar el paro en el estudio de la desindustrialización y sus consecuencias sociales; caracterizar los movimientos contra el paro como manifestación del conflicto social y obrero derivado de la desindustrialización; y abrir nuevas líneas de investigación que permitan abordar el tema de cara a próximas investigaciones.

1. Situando la desindustrialización, el (des)empleo y la clase obrera de los años 80 y 90 en su contexto histórico

Las reestructuraciones del sistema capitalista impulsadas ante la recesión de los años 70 iniciaron importantes procesos de transformación económica, social, política y cultural a partir de las premisas ideológicas del neoliberalismo. No es objetivo del presente artículo estudiar y explicar estos procesos. No obstante, acercarnos a alguno de ellos permite establecer un marco donde situar la desindustrialización, el desempleo y el devenir de la clase obrera en los 80 y 90. Analizaremos, en este sentido, algunas de las principales transformaciones ocurridas en el ámbito del empleo.

En el transcurso de aproximadamente dos décadas, la de los 70 y la de los 80, el empleo se redujo en proporciones espectaculares. Durante aquellos años el número de trabajadores disminuyó de forma relativa y absoluta y el desempleo pasó de ser cíclico a ser estructural.

La nueva división internacional del trabajo, facilitada por la globalización, supuso el traslado de la industria desde las antiguas regiones o países industrializados

a los nuevos países emergentes en vías de industrialización, lo que se conoce como deslocalización. Las industrias emigraban desde aquellos lugares en los que se pagaban salarios relativamente altos a otros en los que existía abundante mano de obra y se pagaban salarios mucho más baratos. Este proceso provocó inevitablemente la decadencia económica, social y urbanística de los antiguos centros industriales. Países enteros identificados con etapas anteriores de la industrialización se desindustrializaban al ritmo en que las industrias tradicionales y sus trabajadores desaparecían. El ejemplo de Gran Bretaña resulta paradigmático. Los mineros del carbón, que años antes se habían contabilizado en cientos de miles (incluso millones), acabaron por ser menos que los licenciados universitarios e, incluso, casi una atracción turística (Hobsbawm, 2011).

Desde finales del siglo XX el crecimiento de la industria en los países subdesarrollados del Sur ha venido reproduciendo experiencias de una época anterior (Frieden, 2003). A finales del siglo XIX y principios del XX, la globalización provocó un espectacular crecimiento económico en muchas zonas de América, África y Asia. Estas regiones crecieron rápidamente y llenaron el mundo desarrollado de materias primas y productos agrícolas a bajo coste. Si bien esto resultaba beneficioso para los fabricantes europeos y los consumidores de productos importados, fue muy perjudicial para la agricultura tradicional europea. A finales del siglo XX, estas dinámicas comenzaron a repetirse, pero ahora era el sector industrial el que se estaba viendo afectado. Ahora los países recién industrializados llenaban el mundo desarrollado con productos industriales muy baratos, lo que beneficiaba a las industrias y consumidores europeos y norteamericanos que los consumían, pero perjudicaba a la industria tradicional de Europa y Estados Unidos. La industria europea y norteamericana ha caído tal y como lo hizo la agricultura europea un siglo antes (Frieden, 2003).

Los datos muestran el avance irreversible de este proceso. En los países desarrollados el empleo industrial disminuyó, ya que pasó de constituir el 27% de la fuerza de trabajo a principios de la década de 1970, a suponer el 18% a mediados de los 90; mientras que en 1970 había dos trabajadores del sector servicios por un trabajador industrial, en el año 2000 la proporción era de cinco a uno (Frieden, 2003). Es evidente que las economías y sociedades occidentales han vivido un proceso de terciarización.

Varios factores explican esta reducción del empleo industrial. Regiones que contaban con abundante mano de obra no cualificada y muy barata habían comenzado a dedicarse a la fabricación de artículos que requerían un uso intensivo de este tipo de trabajo; Europa y Estados Unidos ya no podían competir, por ejemplo, con China o México, cuyos costes de producción eran mucho menores. Del mismo modo, los trabajadores industriales europeos y estadounidenses tampoco podían competir con los trabajadores chinos o mexicanos, «más deseados» por ser mucho más baratos (Frieden, 2003).

Mientras la revolución tecnológica estaba permitiendo aumentar la productividad de la maquinaria reduciendo drásticamente los costes de producción. En comparación al trabajo mecanizado, el trabajo humano era menos productivo y mucho más caro, por lo que ya no resultaba tan rentable. A finales del siglo XX las máquinas seguían destruyendo empleo humano, pero en esta ocasión ya no se creaban puestos de trabajo suficientes para absorber el excedente de trabajadores generado por el progreso tecnológico.

De hecho, los mecanismos de creación de empleo que la economía capitalista ofrecía en los países industriales avanzados para quienes carecían de formación especializada, dejaron de funcionar. La crisis del modelo keynesiano, encarnada en las dificultades financieras de los estados, propició el triunfo de gobiernos y medidas neoliberales. El nuevo paradigma económico trajo consigo políticas públicas que priorizaban políticas monetaristas, reducían drásticamente el gasto público (privatizando empresas estatales y servicios públicos del estado del bienestar) y promovían la activación de la economía a través de una política fiscal restrictiva, la desregulación del mercado laboral y el ataque a los derechos laborales y los sindicatos. Los estados no solo dejaron de ser contratistas de trabajo, sino que posibilitaron la consolidación de fórmulas baratas y flexibles para facilitar la reestructuración del empleo, dando como resultado el aumento del trabajo a media jornada, así como el desarrollo de la economía sumergida.

Todos estos cambios tenían también una dimensión sociopolítica. El trabajo perdió su valor social y vio mermada su importancia política (Tébar, 2011), lo que tuvo importantes consecuencias a medio-largo plazo para la clase obrera: el debilitamiento del poder sindical, la crisis y reorientación de la socialdemocracia, la fragmentación interna de la clase o el auge de los movimientos sociales de carácter más específico, como los movimientos ecologistas, feministas, antimilitaristas o antiglobalización, fueron las más significativas.

El fin del pleno empleo y la ofensiva del neoliberalismo contra las políticas del Estado del Bienestar y los sindicatos, los principales elementos que en las sociedades industriales occidentales protegían a los elementos más vulnerables de la población trabajadora, acentuaron las diferencias entre éstos y los sectores de trabajadores situados en niveles superiores. Un dato significativo: en Gran Bretaña, el 10% de los trabajadores en mejor situación triplicaba los ingresos brutos del 10% de los trabajadores en peor situación (Hobsbawm, 2011). En palabras de Eric Hobsbawm, «la vieja división victoriana entre los ‘respectables’ y los ‘indeseables’, resurgió, tal vez en una nueva forma más agria» alimentando la división en la población trabajadora y permitiendo la desintegración política y social de la clase obrera (Hobsbawm, 2011). Más allá del nivel de ingresos, la clase obrera fue fracturándose en base a otras variables como el género, la raza y la nacionalidad y en base a algo tan elemental como tener o no tener empleo (Eley 2003).

La década de los 80 quebró la imagen prototípica del obrero, varón, blanco y empleado en una gran fábrica del metal o del automóvil —o en una mina, o un astillero— y configuró una población trabajadora muy diversa que hoy incluye a trabajadores de muy distintos perfiles: mujeres que trabajan cuidando en el hogar familiar, migrantes sin papeles, jóvenes empleados a través de empresas de trabajo temporal y trabajadores industriales de las fábricas del pasado que aún quedan en pie. Incluye a trabajadores que viven diversas situaciones laborales, los que tienen un contrato fijo o temporal, cobran en dinero negro o, directamente, están en paro. Incluye a trabajadores que trabajan en distintos espacios de trabajo: fábricas, oficinas, tiendas, supermercados o residencias de mayores. E incluye a trabajadores de grandes empresas, pero también a trabajadores de pequeñas empresas y autónomos.

Estos cambios en la composición de la población trabajadora y la heterogeneidad que la caracteriza exigen repensar y reformular los rasgos del concepto de clase (Mezzadra y Neuman, 2019), ante el cuestionamiento de su propia existencia y el planteamiento de la emergencia de una nueva clase social en el tránsito entre los siglos XX-XXI y en el contexto de la globalización: el precariado (Standing, 2014). Los inmigrantes, trabajadores sobrecualificados o infracualificados, madres solteras o parados de larga duración, sujetos todos caracterizados por una creciente desigualdad e inseguridad, víctimas de la flexibilización e inestabilidad laboral ¿Conforman una nueva una nueva clase o se definen como clase obrera?

2. Historia e historiografía: la desindustrialización, sus consecuencias sociales y la clase obrera

Como hemos visto, la desindustrialización es un fenómeno histórico que ha afectado a las economías industriales occidentales, especialmente desde la década de los 80. Es un proceso complejo y multifacético, que superpone dimensiones económicas, sociales, culturales y políticas. En este sentido, es un proceso que ha afectado irremediamente a la clase obrera, ya que sus consecuencias han amenazado, incluso, la existencia de la clase como tal. Para los trabajadores de los años 80 y 90 la desindustrialización es un proceso vinculado a imágenes de cierre de empresas y abandono de fábricas, conflicto, lucha y desempleo. Todas esas imágenes forman parte de la historia de la desindustrialización; de igual manera que la desindustrialización y sus consecuencias sociales forman parte de la historia de la clase obrera. Pero ¿ha abordado la historiografía tanto en general, como en el caso concreto español, la desindustrialización desde esta perspectiva? ¿Son los trabajadores, sus experiencias y sus reacciones al proceso sujetos históricos en la historia de la desindustrialización?

2.1. Del patrimonio urbano a la desindustrialización: una aproximación historiográfica

La magnitud del fenómeno de la desindustrialización y su repercusión social y territorial merece una atención mucho mayor desde el punto de vista de la investi-

gación historiográfica española. Tal y como han puesto de manifiesto los historiadores Rubén Vega e Irene Díaz, las traumáticas consecuencias de los ajustes, reestructuraciones, reconversiones y recortes llevados a cabo en el marco de conflictos enquistados y declives territoriales han merecido mucha menos atención que el desarrollo de un proceso de «modernización» al que acompañaban la terciarización de la economía y la precarización del trabajo (Vega y Díaz, 2022). Dicho de otro modo, la desindustrialización y el ciclo intenso de conflictividad que esta provocó no han ocupado en la historiografía española un lugar acorde con la importancia histórica de dichos procesos. De este modo, las luchas callejeras y las manifestaciones de protesta en contra de la reconversión industrial, el profundo deterioro del tejido productivo y el mercado laboral, el desempleo masivo, así como la decadencia económica y el deterioro social de amplias regiones han quedado, prácticamente, fuera del foco de la investigación histórica.

Las principales innovaciones historiográficas procedentes de la literatura anglosajona consideran la desindustrialización como un proceso a abordar desde la decadencia económica y social. Desde esta perspectiva, los temas de investigación se han ido ampliando y los estudios se centran, cada vez más, en aspectos como las causas de la decadencia industrial, las resistencias a la pérdida del trabajo y las consecuencias a largo plazo de los procesos de desindustrialización. Hasta hace poco estos nuevos enfoques han tenido en España un carácter subsidiario y atrasado con respecto a la bibliografía llegada de Europa y aún hoy, cuando nuevas investigaciones están abriendo camino, es posible detectar una desconexión generalizada con respecto a los conceptos que se manejan en la literatura anglosajona y centroeuropea para trabajar estos temas (Vega y Díaz, 2022).

Entre estos conceptos podemos destacar *Ruination*, acuñado por Alice Mah (2012) y que entiende la desindustrialización como un proceso socialmente construido en el que existen dimensiones tanto sociales como culturales; *Smikes-tack nostalgia* de Cowie y Heathcott (2003), que expresa el malestar por la desaparición de las fábricas; *agonistic memory*, que Berger y High (2019) utilizan para referirse a los perdedores del proceso desindustrializador y los costes sociales del mismo; y los conceptos manejados por Sherry Lee Linkon (2018); *half-life of deindustrialization*, que expresa la continuidad de los legados de la era industrial o *place attachment and cumbling cultures*, que hacen referencia a la solidez de los vínculos de pertenencia a territorios y comunidades, incluso cuando estos ya han dejado de ser polos de atracción o se han convertido en testigos del declive de culturas abandonadas y en decadencia. Estos enfoques plantean retos metodológicos que hacen más compleja la forma de mirar a los procesos de desindustrialización, ya que superan los planteamientos economicistas y sitúan en primer plano otros aspectos de estos procesos como lo sociales, culturales y de representación colectiva (Vega y Díaz, 2022).

Consideramos especialmente interesante la línea que indica la importancia de estas representaciones colectivas a la hora de conformar identidades asociadas a

espacios (des)industrializados. En este ámbito se han hecho reflexiones importantes sobre aspectos relacionados con la clase, la lucha de clases o el movimiento obrero, ofreciendo visiones valiosísimas para abordar una historia obrera de los años 80 y 90. Así, desde una perspectiva social, podemos considerar la desindustrialización como un proceso que implicó un desafío al sentido de comunidad y una fractura de los esquemas culturales previos. Kathrin Dudley (1994), por ejemplo, considera la desindustrialización como un drama cultural, vivido por comunidades que transitan de un pasado industrial a otro incierto y que se expresa en la lucha por encontrar el significado del pasado en el presente. Este tipo de enfoques innovadores son imprescindibles para restablecer el protagonismo que corresponde a los trabajadores en las investigaciones sobre la desindustrialización, tal y como ya han demostrado los trabajos que estudian la memoria del movimiento obrero para analizar los efectos que tuvo la desindustrialización en las personas que participaron en las huelgas y manifestaciones de los últimos años del franquismo. Para el caso de Vizcaya contamos con el mencionado trabajo de David Beorlegui (2018) y también con el de Rafael Ruzafa (2017). En el caso de Navarra, como veremos, queda mucho por hacer.

La historia de la clase obrera de los años 80 y 90 ha sido narrada, a menudo, como la historia de un fracaso, como si fuera un proceso que lleva a la desaparición de una identidad colectiva de clase. El abandono de las fábricas y el maltrato al patrimonio industrial son el epílogo de esa historia. En cualquier caso, los procesos históricos son mucho más complejos que su desenlace y la «derrota» de la clase obrera ha escondido la experiencia y la lucha de miles de trabajadores y la desaparición de las fábricas –otrora escenario de luchas y solidaridades– esconde su historia y memoria.

2.2. El caso español: reconversión industrial, conflicto social y movimiento obrero

El contexto de crisis y transformación del capitalismo se materializó, en el estado español, en el proceso de reconversión industrial, agudizado en la década de los 80 de la mano de los primeros gobiernos socialistas (Marín Arce, 2006). La reconversión industrial consistió en actuar sobre los sectores industriales en crisis, promoviendo ajustes para garantizar su viabilidad y competitividad. Se iniciaron procesos de modernización tecnológica y se priorizó la especialización en productos de mayor demanda con el fin de adecuar la producción industrial a dicha demanda. Esto exigía, irremediamente, el cierre de empresas y la reducción de plantillas (ya fuera despidiendo trabajadores o forzando prejubilaciones). Los sectores industriales más afectados fueron los de la industria pesada: construcción naval y astilleros, siderurgia y Altos Hornos, minería y carbón. Así, las regiones españolas más afectadas por la reconversión fueron, lógicamente, aquellas con un alto grado de especialización en dichos sectores como Asturias (minería, siderurgia y construc-

ción naval), Galicia (construcción naval), Cantabria (siderurgia) o Euskal Herria (construcción naval, siderurgia).

Se tiende a considerar la reconversión industrial como un proceso meramente económico y como parte de un relato en el que la transformación era indispensable para acometer la modernización, no solo económica, del estado español. Pero esta perspectiva tiende a esconder los costes de ese proceso, es decir, sus consecuencias sociales. Desde el punto de vista de la historia obrera esto es especialmente relevante, ya que entonces ¿Dónde quedan aspectos como la conflictividad social o el drama humano del desempleo?

A partir de 1975 numerosas empresas comenzaron a despedir trabajadores. Esta situación cambió radicalmente la naturaleza de los conflictos laborales. Las huelgas ya no exigían subidas salariales o mejores condiciones de trabajo. El cierre de empresas y el continuo crecimiento del desempleo, por un lado, y el incremento de los precios, por otro, hicieron que muchos conflictos tuvieran un marcado carácter defensivo, convirtiendo la defensa tanto del puesto de trabajo como del poder adquisitivo de los salarios en una prioridad.

En cualquier caso, pese a que la lucha adquiriría ahora un carácter defensivo, las manifestaciones de la protesta obrera fueron ciertamente radicales. En 1984 los trabajadores de los astilleros de Gijón lograron, gracias a la lucha y la protesta, crear «La Naval», a partir de la fusión de dos empresas anteriores; desde entonces lucharon constantemente por mantener sus puestos de trabajo en la nueva empresa (Vega, 2017b). En Reinosa, tras la presentación en 1987 por parte de CENEMESA de un Expediente de Regulación de Empleo que afectaba a 463 trabajadores, se inició una ola conflictiva que superó el espacio de la fábrica y se extendió por toda la ciudad; en una escalada de la tensión beligerante, aumentaron las movilizaciones, las asambleas y la represión, hasta el punto de que una persona murió al inhalar los gases tóxicos de los botes de humo lanzados por la guardia civil al garaje cerrado en el que se había refugiado.⁴

En Euskal Herria las luchas contra el proyecto de cierre de la empresa vizcaína Euskalduna han perdurado como símbolo de la lucha contra la reconversión industrial y los planes industriales del primer gobierno socialista y en defensa de los puestos de trabajo. A medida que la lucha en el astillero se fue recrudeciendo desde que los planes de cierre se hicieran públicos, el comité de empresa optó por la lucha callejera como medio para desencadenar la demanda de una huelga general en toda Euskal Herria (Majuelo, 2000). El Gobierno socialista comprendió entonces que se le estaba planteando un reto tanto político como sindical y dio una respuesta de gran envergadura: la policía tomó las instalaciones de la empresa; los trabajadores, por su parte, utilizaron todos los métodos a su alcance para expulsarla. El 23 de noviembre de 1984 la policía atacó los locales sindicales del astillero y disparó con balas de verdad. Hubo detenidos, heridos y un trabajador resultó muerto. A pesar de que Euskalduna se cerró por la vía rápida, el sindicato LAB proclamó entonces que

la lucha de los trabajadores del astillero, si bien había terminado en fracaso, se había convertido en un ejemplo a seguir para el movimiento obrero (Majuelo, 2000).

Testimonios de varios trabajadores citados por David Beorlegui (2018) así lo corroboran. Hablan de una imagen de «movimiento resistente» proyectado desde la fábrica y de confrontación decisiva en relación al sostenimiento de la identidad obrera. Con la perspectiva del tiempo y de la historia, la «batalla» de Euskalduna parece ser el último aliento de una lucha obrera en vías de extinción: «la última lucha de resistencia que merece llevar ese nombre» (Beorlegui, 2018).

Son solo tres ejemplos que ponen de manifiesto que la reconversión industrial generó conflicto social. Aunque, como hemos dicho, hay un vacío en la investigación sobre los costes sociales de este proceso, es precisamente en la conflictividad social y laboral donde más se ha investigado, prestando especial atención a las luchas del movimiento obrero. Lógicamente las aportaciones han venido desde las comunidades más afectadas por la reconversión industrial. El de Asturias es uno de los casos más estudiados gracias a Rubén Vega, uno de los historiadores que más ha trabajado la conflictividad laboral de este periodo (Vega 1998, 2012, 2017a, 2017b). En Euskal Herria la referencia es Bizkaia⁵ y apenas contamos con pinceladas para los otros territorios. En el caso de Navarra apenas contamos con referencias para hablar de reconversión industrial, desindustrialización y conflictividad sociolaboral en los años 80 y 90.

Resulta difícil hablar de la desindustrialización en Navarra cuando aún hoy una gran fábrica de automóviles es, tanto por el empleo que genera directamente como por el amplio abanico de empresas subsidiarias que dependen de ella, el principal baluarte económico del territorio.⁶ Pero es innegable que las transformaciones de los años 80 destruyeron empleo industrial e hicieron desaparecer a empresas emblemáticas, como Potasas de Navarra. La mayor parte de las fábricas que fueron emblema de la industrialización y el desarrollismo en la provincia, si no han desaparecido, existen hoy en un tamaño muy reducido y están en manos del capital internacional. El evidente abandono o destrucción del patrimonio industrial (Turrillas et al., 2023), nos habla de un proceso de pérdida que existió. El caso navarro tiene sus particularidades y estas configuran un proceso distinto a los de zonas más afectadas por el proceso de reconversión industrial; pero Navarra se desindustrializó, al menos en lo que respecta a la gran industria impulsada a mediados del siglo XX.

El libro *Langileria berri baten eraketa* analiza la formación de una nueva clase obrera entre 1956 y 1976 en la Comarca de Pamplona (Perez Ibarrola, 2017) y comienza con un mapa en el que puede verse el cinturón industrial pamplonés. Este mapa muestra las fábricas que protagonizaron las grandes movilizaciones obreras de los años 70 y es significativo darse cuenta de que la mayoría de ellas ha desaparecido. Sin embargo, sabemos realmente muy poco sobre este proceso: cómo fue, cómo fueron desapareciendo las fábricas que en años anteriores habían sido el motor de la industrialización, cuál fue la actitud de los trabajadores navarros ante los cierres

y los despidos o cómo afectó la reconversión a los trabajadores son temas que están sobre la mesa pero que apenas se han trabajado.⁷ No contamos con ningún estudio que aborde en profundidad este fenómeno. Acaba de publicarse una primera aproximación, *Borroka baten oihartzun galduak: Iruñerriko 1970eko hamarkadako lantegien kokapena eta desagertzea* (Turrillas et al., 2023), que constituye un buen punto de partida porque expone, de un modo esclarecedor, las diferentes fábricas que existían en Navarra en la década de los 70 y que fue lo que ocurrió con ellas en el marco de la reconversión: cuales han desaparecido y qué hay hoy en día en su lugar o cuales continuaron en funcionamiento pero en dimensiones más reducidas y vendidas al capital extranjero. Gracias a este trabajo contamos hoy con unas bases sobre las que comenzar a investigar todos estos procesos en Navarra.

Además de las luchas de los trabajadores en defensa de sus puestos de trabajo, durante estos años en los que el desempleo no dejaba de aumentar, podemos considerar como ejemplo de resistencia obrera, también, las iniciativas que protagonizaron los trabajadores sin trabajo. La situación de los desempleados y sus familias llegó a ser, en ocasiones, de pobreza extrema, debido a la situación económica pero, también, al hecho de que políticos y empresarios no parecían interesados en los problemas de vivienda, alimentación, sanidad o educación. El desempleo fue, realmente, una experiencia traumática para muchos trabajadores y sus familias. La frustración y el enfado de quienes llevaban en paro mucho tiempo generaba conflictos en el seno de las familias y problemas psicológicos a los afectados. Con los objetivos de denunciar la problemática del desempleo e idear iniciativas para hacer frente a sus consecuencias se crearon las Asambleas de parados o las Coordinadoras de Trabajadores en paro. Si bien es cierto que las organizaciones de desempleados no tuvieron estabilidad ni continuidad, fueron movimientos de resistencia obrera y, sin embargo, pocas veces se les ha prestado atención desde la investigación histórica.⁸

3. Desempleo y movimientos de desempleados: organización y acción de los parados en la Comarca de Pamplona durante la primera mitad de los 80

El desempleo fue una de las consecuencias sociales de la desindustrialización; una que afectó de lleno a las vidas de los trabajadores y sus familias. Como experiencia que corta de raíz una trayectoria obrera y afecta desde lo económico a lo emocional y psicológico tanto al parado como a su entorno, el desempleo se convierte en un «enemigo» a combatir. La resistencia obrera ante el paro, los movimientos y acciones que los parados pusieron en marcha para luchar contra el paro y paliar sus consecuencias son así una reacción ante las consecuencias de la desindustrialización; una reacción ante las nuevas realidades que el postfordismo, la globalización neoliberal y la desindustrialización imponían a los trabajadores.

Las luchas y movimientos contra el desempleo nos hablan de desindustrialización y desempleo y de trabajadores que actúan para hacerles frente, por eso merecen que se les preste atención dentro la de las investigaciones sobre los procesos de

desindustrialización. Un primer análisis de los movimientos de parados de la Comarca de Pamplona en la primera mitad de los años 80 nos servirá como muestra para visibilizar las posibilidades que éstos ofrecen como objeto de estudio.

3.1. Estudiar los movimientos de parados: bases para realizar una primera aproximación

En las grandes crisis económicas de la historia, el de los desempleados siempre ha sido uno de los colectivos más afectados y, a la vez, uno de los que más ha luchado para enfrentar su situación. Los parados organizaron movimientos de resistencia para hacer frente a la crisis de los años 30 en Estados Unidos (Zinn, 2021); crearon un nuevo movimiento social, el movimiento piquetero, en Argentina a principios de los 2000 (Mazzeo, 2014); y tras la crisis de 2008, se reivindicó como colectivo en las calles (Jódar y Guiu, 2018).

En los años 80 los desempleados también se organizaron y lucharon.⁹ La lucha por el empleo puso de manifiesto que realmente existió entre los trabajadores una clara oposición al desempleo. Sus éxitos fueron más bien escasos y sus fracasos, innegables. Aun así, esa lucha es parte de la historia obrera de los años 80: visibiliza actitudes colectivas de los trabajadores mostrando que, a pesar de la pérdida y la desesperación, la clase obrera se resistía a desaparecer.

Abordar la temática del paro e insertarla en el marco de la experiencia y la lucha obrera de los años 80 requiere, como punto de partida, una doble aproximación a la realidad del desempleo: una que lo aborde como realidad social y en la que tengan cabida sus consecuencias sociales e, incluso, personales, como los conflictos surgidos en la vida familiar, las dificultades cotidianas, el día a día por la supervivencia; y una que aborde la lucha, las formas de organización y las acciones colectivas protagonizada por los propios desempleados.

A continuación, haremos una aproximación a una de esas dos vertientes, la lucha contra el desempleo. Si bien nos centraremos en las formas de organización y las acciones protagonizadas por los desempleados, lo haremos de tal manera que éstas no se entiendan separadas del desempleo como realidad social. Para ello, utilizaremos como hilo conductor la trayectoria y experiencia de un trabajador navarro que perdió su empleo en 1975.¹⁰ Su vida obrera y militante transcurre entre las décadas de los 70, la de los grandes conflictos obreros del tardofranquismo en Navarra, y los 80, la de la crisis, el cierre de empresas y el desempleo. Su trayectoria aún pues el tiempo de los grandes conflictos obreros y el del repliegue del movimiento obrero a posiciones en defensa del trabajo. Su caso resulta interesante porque en un primer momento su situación de desempleo se debió a la represión franquista y no al desempleo estructural producido por la crisis; aun así, participó en las primeras asambleas de parados de Iruñea¹¹ y fue coordinador general de la marcha de los parados a Madrid en 1978 primero y coordinador general de la Comisión Central del Movimiento Unitario de Parados (MUP) después.¹²

Las fuentes para reconstruir su historia y relacionarla con los movimientos de parados de finales de los años 70 y los años 80 han sido varias. En primer lugar, una entrevista de historia oral realizada por la autora el 10 de junio de 2011. Si bien esta entrevista se realizó en el marco de una investigación que no tenía por objeto estudiar la experiencia del desempleo y la lucha en contra del mismo,¹³ resulta significativo que es el propio trabajador el que le da importancia a esa etapa de su vida como parte de su trayectoria y experiencia obrera. En segundo lugar, la documentación facilitada por él mismo, producida por el MUP¹⁴ y la información obtenida a través de la prensa para reconstruir la actividad de las asambleas y coordinadoras de parados.¹⁵ Consciente de que es un primer paso, este análisis se presenta como una propuesta para futuras investigaciones.

Una observación antes de comenzar. No es fácil abordar el tema de la lucha contra el paro y aproximarse a la diversas formas organizativas y acciones colectivas protagonizadas por los desempleados cuando no hay investigaciones que hayan realizado exhaustivos estudios sobre el mismo. Esto hace que nos encontremos con algunas dificultades. La principal en este caso ha sido la variedad de iniciativas y formas organizativas que los desempleados pusieron en marcha (asambleas de parados, coordinadoras, MUP...) para llevar a cabo su lucha, lo que puede llevar a confusiones con la denominación de los diferentes organismos y su cronología de actuación. Aquí se las denominará tal y como aparecen en las fuentes consultadas y se situará su actividad en la temporalidad que dictan las mismas.

3.2. Luchar contra el desempleo: organización y acción de los parados pamploneses en los primeros años 80

Nuestro protagonista fue trabajador de la empresa Potasas de Navarra en las décadas de los 60 y 70. Durante aquellos años, fue minero; también militante de las Comisiones Obreras de Navarra. Vivió intensamente las luchas obreras de los 70 y sus consecuencias, ya que lo despidieron en un conflicto laboral. No fue cualquier conflicto. Fue despedido tras el encierro de un grupo de mineros en uno de los pozos de la mina durante quince días. Esta acción, planteada como último recurso para desencallar un conflicto que permanecía sin resolver desde otoño de 1974, desató una huelga general en Navarra en solidaridad con los encerrados. Esta lucha ha quedado grabada en el imaginario colectivo del movimiento obrero navarro como uno de sus hitos más importantes; en el imaginario personal de este trabajador esta lucha es, al mismo tiempo, un ejemplo de compromiso y solidaridad y la razón por la que perdió su empleo. El suyo no fue, por tanto, un despido generado por los ajustes de la reconversión industrial, sino por la represión franquista, motivado por su militancia obrera. Pero sí fue un despido que ocurrió cuando la crisis ya se hacía notar en la industria española, las empresas comenzaban con los ajustes en sus plantillas y el paro estaba en vías de convertirse en un problema estructural. Para él el desempleo supuso ampliar su militancia: se inició en la Organización

Revolucionaria de Trabajadores (ORT) tras ser despedido en 1975¹⁶ y participó en los movimientos de parados tanto en Navarra (asambleas de parados) como a nivel estatal (MUP).

El despido y el paro son experiencias que truncan el presente y la trayectoria de un trabajador. La pérdida del empleo supone tanto la pérdida del sustento familiar como la pérdida misma de *ser* trabajador. En primera instancia, la vida se complicaba para toda la familia, ya que su supervivencia quedaba, de algún modo, a merced de la solidaridad vecinal. Además, en el caso de los despedidos a consecuencia de la represión franquista, la inclusión de sus nombres en «listas negras» complicaba encontrar un nuevo trabajo o, incluso, mantener aquel que se había encontrado. Tras ser despedido, nuestro protagonista no podía trabajar en ningún lado y no tenía derecho al paro por haber sido despedido. La solidaridad de la gente de su pueblo fue esencial para que la familia hiciera frente a la situación en esos primeros momentos.¹⁷ Tanto es así que a su familia se le brindó la posibilidad de regentar el Círculo Carlista del lugar, un bar en el que se desarrollaba una intensa y variada actividad social y cultural. El bar, la barra y la cocina, fue su medio de vida hasta que fue declarada «personan non grata» para estar al frente de un bar por ser un despedido y/o un «revoltoso».

En este contexto encontramos las primeras noticias en Navarra acerca de una movilización específica de desempleados, poco después del encierro y los despidos. En julio de 1976 se celebró en los locales del seminario de Pamplona una asamblea para tratar el tema del «paro laboral». Por la fecha y las intervenciones en la asamblea podría decirse que es todavía una iniciativa vinculada al desempleo generado por la represión. De hecho, nuestro protagonista participó en esa asamblea y en su intervención destacó que fue a raíz de los despidos que siguieron al encierro de la mina de Potasas y a la huelga general que le siguió que se produjeron una serie de reuniones de despedidos.¹⁸ El objetivo era hacer frente a las diversas problemáticas derivadas de esa situación.

Para cuando se celebró aquella asamblea en julio de 1976 ya existía una incipiente movilización de despedidos y desempleados. Se habían celebrado algunas asambleas y movilizaciones y se habían puesto en marcha iniciativas específicas para colaborar en la lucha contra el paro. Una de las más significativas fue la instalación de la «barraca de los parados» en los Sanfermines de aquel año¹⁹ como medio para recaudar fondos y ayudar así a los parados y sus familias. Aquella barraca recaudó un total de 1 210 300 pesetas que iban a ser canalizadas a través de las Asociaciones de Vecinos (AA.VV.) de los barrios Txantrea, Rochapea, San Juan y el pueblo de Burlada –por ser las únicas que contaban con una sección de parados– para que todos aquellos que se encontraran «en la problemática del paro» recibieran algo de ayuda.²⁰ Esta asamblea avanza unas características que serán constantes en los movimientos de desempleados: la apelación a la unidad y la búsqueda de la implicación de sectores y organismos populares en la lucha contra el paro.

Tras pasar por el círculo carlista, nuestro protagonista estaba de nuevo en paro. Entonces marchó a Madrid a desempeñar una serie de labores en el Sindicato Unitario. Las redes de militancia en las que ya se encontraba situado previamente (ORT) funcionaron en este momento para ofrecerle una salida. Durante esta etapa en Madrid siguió vinculado a los movimientos de desempleados, desempeñando la labor de coordinador general de la marcha contra el paro. Aquella marcha congregó a unas 30 000 personas y propició el nacimiento del MUP, tras una fase inicial de la lucha contra el desempleo basada en los esfuerzos que surgían desde abajo.

Estos esfuerzos nacían de un clima favorable para el desarrollo de acciones y luchas en contra del desempleo que se vivía en el estado español de finales de los 70. La expresión «un millón de parados» servía para hacer de los trabajadores en paro los protagonistas de cientos de artículos, reportajes, denuncias, chistes gráficos o programas de radio y tv; partidos políticos, centrales sindicales y organizaciones populares hacían suyo el problema del paro y lo convertían en el eje de sus programas y gran parte de su actividad.; no había movilización de masas en la que no se mostraran pancartas de «no al paro» o «Por un puesto de trabajo» o en la que no se gritara «trabajo si, paro no»; e incluso profesionales, parlamentarios y senadores, dirigentes políticos y ciudadanos de a pie tomaban postura ante el problema del paro.²¹ Entretanto, día a día aumentaban las movilizaciones y acciones de los trabajadores: desde el verano del 1977 cerca de tres millones de trabajadores participaron en manifestaciones para luchar en contra del paro y en defensa de los puestos de trabajo convocadas por las centrales sindicales, organizaciones populares, partido políticos y, sobre todo, por las coordinadoras de empresas en crisis²² y las asambleas y coordinadoras de parados.

Como muestra de la dimensión y carácter de estas movilizaciones, varios ejemplos concretos:²³

- 9 septiembre de 1977, 40 000 personas se manifiestan en Zaragoza contra el aumento del paro, por la defensa del puesto de trabajo y la reapertura de empresas cerradas.
- 14 septiembre de 1977, 30 000 personas se manifiestan en Sestao en solidaridad con los trabajadores de Aurrerá Industrial y de todas las empresas con expedientes de crisis en curso.
- 11 de octubre de 1977 100 000 personas se manifiestan en Cádiz por el paro y la situación del sector Naval.
- 26 febrero de 1978, 200 000 personas se movilizan en Asturias contra el desmantelamiento de Ensidesa.

Todas estas movilizaciones tienen en común que propugnan la defensa de los puestos de trabajo y rechazan los expedientes de regulación de empleo, cierre de empresas y desmantelamiento de determinados sectores. Es decir, son luchas que en un primer momento avanzan las luchas contra el desempleo, aunando desindustrialización y desempleo.

La marcha de los parados a Madrid se preparó creando comisiones de parados en pueblos, aldeas, ciudades y barrios. Nuestro protagonista participó en la formación de aquellas comisiones de parados y describe las primeras formas organizativas y de trabajar muy parecidas a las de las comisiones obreras de las fábricas:

«Yo me iba por las oficinas de empleo [...] pedíamos reclamar el derecho al trabajo [...] y lo que hacíamos era, sobre todo en filas del INEM, denunciar [...] barrios, oficinas de empleo... quien destaca, quien es capaz de rebelarse, quien chilla, quien le pega [un golpe] a la puerta, quien tiene pintas quien dice algo porque nadie se atreve... contacto, juntarse».²⁴

Más allá de la preparación de la marcha, los parados organizados en aquellas comisiones desarrollaron una actividad más amplia, marcando las líneas de actuación de los futuros movimientos de parados: llegaron a editar su propio boletín informativo, organizaron ellos mismos la distribución de los fondos comunitarios y pelearon y, en algunas ocasiones consiguieron, la gratuidad del transporte público, la luz o la enseñanza para los parados; todo ello al tiempo que recorrían las plazas de los pueblos, los mercados o las fábricas socializando la problemática del paro entre ciudadanos, organismos populares o trabajadores con empleo.

Teniendo en cuenta que todas estas iniciativas se desarrollaron en el año 1977 y que el estado español se encontraba inmerso en el proceso de transición, la organización de los parados y de la propia marcha no fue sencilla. El gobierno trató de impedir que la marcha se llevara a cabo declarando ilegales todas las actividades y actos relacionados con la misma²⁵ y los propios organizadores renunciaron celebrar-la en la fecha inicialmente prevista, el 20 de enero de 1977.²⁶

La marcha se celebró finalmente el 19 de marzo.²⁷ Para los organizadores ésta debía suponer el cierre de una etapa de la lucha contra el paro y el inicio de una nueva, marcada por la acumulación de fuerzas y una organización más coordinada y estable, MUP. En el acto central de la marcha, celebrado en Madrid, se caracterizó al MUP como un organismo «abierto a todos los trabajadores de cualquier ideología, partido político o sindicato, y a todos los que no tienen ninguna afiliación y reivindica el derecho de los parados a elegir sus propios representantes» y se avanzaba su papel «como un aparte del movimiento general de la clase obrera, como parte del Frente Común que los trabajadores vamos a forjar para luchar por la conquista de nuestras reivindicaciones».²⁸ Nuestro protagonista siguió vinculado a la militancia en el movimiento de parados a nivel estatal ejerciendo como coordinador general de la Comisión Central del MUP.

Pero mientras él organizaba la marcha y después pasaba a ser el coordinador general de la Comisión Central del MUP, el desempleo y su marcha a Madrid habían afectado irremediabilmente a su familia.²⁹ Su falta en casa conllevaba un alto coste para las relaciones familiares y entonces él y su mujer decidieron que ella lo dejaba todo, también un trabajo con un buen salario limpiando escuelas, y se trasladaba a Madrid con sus hijas. En Madrid, el sustento de la familia estuvo vinculado al sindi-

cato, donde él desempeñaba su labor y donde ella sacaba un dinero extra haciendo pinchos. El piso de Madrid lo pagaban con que ella ganaba limpiando casas y para mantener el piso en su pueblo fue fundamental el apoyo familiar.

La Ley de Amnistía de 1977 reconocía el restablecimiento de los derechos de las víctimas de la represión laboral, lo que se traducía en la posibilidad de reintegrarse a sus puestos de trabajo.³⁰ La aplicación de la ley no fue inmediata y los trabajadores de Potasas que habían sido despedidos a consecuencia de la lucha obrera no fueron readmitidos. En el caso de nuestro protagonista, fue el Tribunal Central de Trabajo quien condenó a la empresa a la readmisión de éste en 1982.³¹ Este nuevo contexto abría una nueva etapa para nuestro protagonista; también la desaparición de la ORT a inicios de los años 80 y la progresiva pérdida de fuerza del SU,³² las fuerzas políticas y sindicales que habían impulsado el MUP.

En 1985 la Coordinadora de parados de Euskadi sur analizaba lo que había sido el movimiento de parados de Euskadi hasta entonces.³³ Su repaso a la historia reciente del mismo ofrece algunas claves interesantes para entender su desarrollo y posterior evolución.

Los inicios del movimiento se caracterizan por su vinculación con los partidos políticos y sindicatos. El MUP es, tal vez, el mejor ejemplo, ya que es posible establecer una relación entre el movimiento, la ORT y el Sindicato Unitario.³⁴

La actividad del MUP a finales de la década de los 70 e inicios de la de los 80 contiene muchos de los elementos que serán característicos de los movimientos de parados durante los años 80. Algunas de sus iniciativas en Navarra nos muestran que el MUP recoge formas de actuar que los trabajadores en paro ya habían ensayado en las movilizaciones previas a la marcha y, al mismo tiempo, avanza cuáles serán las principales líneas de actuación de esos movimientos en los años venideros:

«Condiciones de vida: seguro de desempleo para todos los parados, incluso para aquellos a los que se les niega, gratuidad de los servicios públicos, subvencionados por el ayuntamiento, para los parados y derecho a asistencia sanitaria para los parados.

Medidas contra el paro: no al pluriempleo y destajos, supresión de horas extras.

Defensa de puestos de trabajo: no al despido libre, mantenimiento de los puestos actuales, no a las contratas y eventualidad».³⁵

Con el tiempo el movimiento de parados de Euskadi fue adquiriendo un carácter espontáneo y empezó a organizarse al margen de partidos y sindicatos para dirigir sus dinámicas a solucionar problemas particulares. Un breve análisis de la actividad de los organismos de parados en Navarra durante la primera mitad de los 80 permite identificar esta etapa con la proliferación de comisiones o comités de barrio surgidos a iniciativa de los propios parados.

En 1981 podemos constatar la existencia de comités de parados en los barrios Txantrea, Echavacoiz y Milagrosa y en los municipios de la Comarca de Pamplona Berriozar y Ansoáin.³⁶ Pongamos como ejemplo del carácter y actividad de un comité de parados de barrio al comité del barrio pamplonés de la Milagrosa.³⁷ Se

constituyó en una asamblea en la que los propios parados acordaron luchar por erradicar las horas extra, los destajos y el pluriempleo; y por conseguir la gratuidad de servicios públicos generales para los parados (agua, luz, transportes públicos, etc.) y un Seguro de Desempleo y una Seguridad Social indefinida y para todos. Trascendiendo la lucha y la reivindicación en torno al desempleo, planeaba organizar actividades de carácter cultural, deportivo y recreativo, ofreciendo a los parados un lugar propio en el que compartir la vida social. Como organización se mostraba abierta a todo aquel que quisiera formar parte y hacía un llamamiento a todos los parados del barrio para que se integraran en el comité y participaran en las actividades que éste programara. Así, el comité de parados del barrio funcionaba como algo más que un movimiento a través del cual reivindicar una problemática concreta y se configuraba como un punto de encuentro y en un espacio de sociabilidad específico para los desempleados.

Partiendo de los comités de barrio, era un movimiento que se organizaba de abajo hacia arriba. Los comités de barrio se coordinaban en la asamblea de Pamplona y esta, a su vez, se coordinaba con otras asambleas a nivel de Euskal Herria. En 1983 la asamblea de parados de Pamplona convocó a todos los comités y asambleas de parados de Navarra a una reunión en Hernani y se integró en la coordinadora de Parados de Euskadi sur.³⁸ Tan solo dos años después los diferentes grupos que integraban la Coordinadora pusieron en marcha un proceso de debate en torno a su futuro y a su dinámica como colectivo «propiciado por el surgimiento de [...] concepciones de funcionamiento diferenciadas» en las que se dejaba ver el «desencanto, el cansancio por las intensas campañas que han llevado a cabo en su corta historia».³⁹

Aunque el movimiento de parados es complejo y exige un análisis de las distintas realidades y formas organizativas en las que operaba, dentro de la complejidad de las diferentes organizaciones e iniciativas se pueden identificar elementos comunes característicos de los movimientos de parados de inicios de los 80.

En primer lugar, destaca el planteamiento de la lucha en tres direcciones: impedir el aumento del número de parados, controlar la gestión de la oferta de empleo y cuidar las condiciones de vida de los desempleados y sus familias.

La lucha por impedir el aumento del número de parados incluía movilizaciones en contra de los expedientes de regulación de empleo, denuncia de las facilidades que tenían los empresarios para despedir y campañas en contra de las horas extra. Este último aspecto está presente en las actividades de la mayoría de los comités de parados de la Comarca de Pamplona. Incluso fue motivo de polémica y enfrentamiento entre la asamblea de parados de Pamplona y el comité de empresa de una importante empresa de Navarra. En un contexto en el que el trabajo escaseaba, las horas extra mermaban, aún más, la oferta de trabajo; es por ello que los parados reivindicaban menos horas extra y repartir más el trabajo.⁴⁰

El control en la gestión de la oferta de empleo tenía un sentido lógico para los desempleados: asegurar que aquellos parados que más lo necesitaran, los que no co-

braban un subsidio por desempleo y los que llevaban más tiempo en paro, tuvieran prioridad para acceder al trabajo ofertado:

«En la situación que atravesamos no se puede consentir discriminaciones en función del sexo, ni de ideas políticas y que el trabajo se de en función de las necesidades familiares y también hay que tener en cuenta el tiempo que se lleva sin trabajar y sin cobrar el desempleo». ⁴¹

Este era el objetivo, por ejemplo, de un grupo de parados que en marzo de 1980 se encerró en una oficina del INEM de la Milagrosa. ⁴²

El control de la gestión de las ofertas de empleo fue también objeto de varias controversias importantes. En Ansoáin fue el origen de una fuerte disputa entre el comité de parados y la parroquia y en Lumbier fue el motivo de una denuncia pública en contra de la empresa Argal por su política de contrataciones. ⁴³ En ambos casos se denunciaba que el hecho de que los parados no controlasen la gestión de las ofertas motivaba discriminación e injusticias en la adjudicación de los empleos.

La tercera dirección a la que se dirigía la lucha de los movimientos de parados era la de garantizar el que los desempleados y sus familias tuvieran cubiertas sus necesidades básicas. Fue la línea de acción que puso en marcha las iniciativas más originales e imaginativas. La base de estas acciones era la reivindicación de la gratuidad de agua, luz, educación para los hijos de los parados y seguridad social. Fue una constante que los desempleados exigieran la celebración de plenos en ayuntamientos y otras instituciones para debatir mociones al respecto. ⁴⁴

La gratuidad del transporte fue una de las cuestiones más reclamadas a través de la acción. Reivindicaciones como la petición del bono-bus gratuito para los parados o viajar gratis presentando la tarjeta de parado se planteaban acompañadas de una serie de medidas de presión como montarse en los autobuses urbanos en grupo. ⁴⁵

La preocupación por la subsistencia y la alimentación de los desempleados y sus familias también se materializó en una serie de iniciativas y luchas como conseguir descuentos para desempleados en comercios importantes, asaltar supermercados para sustraer productos alimenticios y marcharse sin pagar o plantear requisas periódicas de alimentos en grandes almacenes «para llamar la atención y por razones de necesidad económica real de los miembros de la asamblea». ⁴⁶ A las acciones que implicaban a supermercados o comercios se le sumaban otras en las que eran los propios parados los que se creaban espacios propios desde los que proveer de alimentos a los parados. El comité de Ansoáin, por ejemplo, tuvo el proyecto de gestionar un almacén de comestibles con productos que por defectos de presentación no podían venderse en establecimientos; también planeó instalar un mercadillo en el término municipal. ⁴⁷

Un segundo elemento común identificable en los movimientos de parados de inicios de los años 80 es la vocación de socializar la problemática del paro entre los trabajadores con empleo y los sectores populares de la sociedad. Así, uno de los principales objetivos de los distintos movimientos era recabar solidaridades, crear

una opinión favorable a la acción de los parados y sumar fuerzas a su lucha. Esos eran, por ejemplo, los objetivos de *Langabezia*, periódico editado por la Coordinadora de Trabajadores en Paro de Euskadi Sur. Se repartía en prácticamente todos los centros de trabajo de Euskadi y su propósito era dar a conocer la labor de dicho organismo. Al margen de una publicación periódica, la misma coordinadora editó en 1985 una revista monográfica sobre el tema del paro.⁴⁸ El monográfico, dirigido especialmente a trabajadores en activo, se presentó en noviembre de aquel año y se puso a la venta a un precio mínimo de cien pesetas.⁴⁹ Tan solo con echar un vistazo al índice de temas y listado de autores podemos hacernos una idea de los objetivos de la revista: «El paro es un fracaso social» (editorial); «Organizarse para defenderse» (Asamblea de Gasteiz); «Langabezian, gizarteak huts egiten du» (Asamblea de Portugalete); «El paro, un problema que afecta a todos» (Asamblea de Hernani); «Lucha por la vida» (Asamblea de Iruña); «Asociación de trabajadores en paro de Donostia; El paro y la salud mental» (ASAFES); «Trabajo, miedo al despido y paro, tres graves amenazas del obrero» (Fabricio Potestad); «El paro y la droga» (APIDA); «La gestión del paro» (Iñaki Pineda); «Paro y conflictividad conyugal» (Añua Seoane) y «Aprender a leer en las ofertas de trabajo» (Jesus Biurrun). El protagonismo de los propios organismos de parados en la redacción de los artículos y el análisis de las causas y consecuencias sociales del desempleo son las características más reseñables de la publicación.

La socialización de la problemática del desempleo se hizo con otros tipos de acciones más espectaculares. En Gasteiz, por ejemplo, un grupo de personas pertenecientes a la Asamblea de Parados irrumpió en Radio Vitoria y obligó a leer un comunicado de denuncia en la emisora.⁵⁰ En junio de 1986 dos personas pertenecientes a la coordinadora de parados de Iruña se encaramaron a una grúa frente al Palacio de Diputación; durmieron una noche allí arriba y al día siguiente bajaron a tiempo para unirse a una movilización convocada por la propia coordinadora. Estas palabras de uno de los protagonistas explican muy bien el sentido de la acción:

«no estamos aquí para dar pena a nadie ni a nivel individual, sino para que se tome en cuenta la situación real de los parados. No hay vacunas para el paro. Es un fracaso del esquema político. La estructura hace agua y no hay soluciones. La única es la unidad de todos los parados».⁵¹

Siendo el paro un problema social que afectaba a la sociedad en su conjunto, la lucha de los parados se desarrolló integrada en el tejido asociativo popular existente en los barrios y las ciudades. Fue así gracias a las redes de militancia social y política tejidas en las décadas anteriores.⁵² Los propios movimientos de parados hacían un llamamiento a la implicación en la lucha de centrales sindicales, organizaciones populares de jóvenes y mujeres y Asociaciones de Vecinos (AA.VV.). Estas últimas ejemplifican muy bien la importancia que los organismos populares tuvieron en la lucha contra el desempleo. En Pamplona y su comarca, al menos, existió una estrecha colaboración entre las organizaciones de parados y las AA.VV. En primero lugar,

en cuanto a infraestructuras. La celebración de asambleas de parados en locales de las AA.VV. de barrio, como en los barrios pamploneses de la Txantrea y Echavacoiz y el municipio de la comarca Berriozar⁵³ indican la existencia de relaciones entre unas y otras. Estas relaciones no se basaban solamente en la continuación de redes de militancia social y política conformadas en la década anterior, también lo hacían en la convergencia de las propias luchas, ya que las reivindicaciones de las AA.VV. estaban muy ligadas a las reivindicaciones de los parados, sobre todo en lo que a paliar los efectos del paro se refiere (gratuidad de transportes, escuelas, luz, agua...):

«La lucha de los vecinos y los parados a través de sus respectivas organizaciones, es una lucha contra el gran capital que se desentiende de las condiciones de vida del pueblo. Una lucha contra el gran capital que al lado de chabolas mantiene trabajadores de la construcción en paro o que al lado de niños sin escolarizar mantiene a maestros en paro».⁵⁴

La implicación con otros sectores populares y movimientos resultaba esencial conforme aumentaba el número de personas en paro sin que, al mismo tiempo, aumentara el número de quienes participaban en los diferentes movimientos de parados. La Coordinadora de Trabajadores en Paro de Euskadi sur había detectado, hacia 1985, que, si bien el número de personas en paro aumentaba y, por consiguiente, cada vez había más necesidades primarias que no podían satisfacerse, en vez del conflicto social se buscaban soluciones individuales.

La necesidad de acumular fuerzas y, sobre todo, la unión entre los trabajadores en activo y los trabajadores en paro fue una idea básica de los movimientos de desempleados durante la primera mitad de la década de los 80. Pero para entonces, los trabajadores en activo ya estaban sumidos en su propia lucha, la de conservar sus puestos de trabajo.

Si bien los expedientes de regulación de empleo y el cierre de las empresas eran la antesala del paro, la línea que separaba a los trabajadores con empleo de los que no lo tenían se había ensanchado irremediabilmente, fragmentando a la propia clase obrera (Eley, 2003). ¿Era la de los parados una lucha perdida?

Conclusiones

Las razones esgrimidas por las instituciones para abogar por una política de demolición del patrimonio urbano se han centrado en la «imagen de antigüedad» proyectada por las fábricas abandonadas y el «impacto visual negativo» que transmiten (Beorlegui, 2018). Las fábricas evocan en la memoria de muchas personas tanto las luchas que albergaron en un pasado no muy lejano como las consecuencias sociales de la desindustrialización. Una fábrica abandona es el recuerdo permanente del cierre de la misma, del abandono de los trabajadores que se ganaban la vida en ella, del drama del paro y de la miseria de miles de familias. Las fábricas abandonadas guardan la memoria de los antagonismos sociales que se vivieron (y se viven) en nuestra sociedad. Tal vez por eso resulten incómodas, porque su impacto negativo no es tan solo visual.

La demolición de las viejas fábricas invisibiliza la historia de la desindustrialización, sus consecuencias sociales y la huella que dejó en los trabajadores, sus familias, sus entornos y comunidades. Visibilizarla es un reto que la historiografía española ha comenzado a aceptar de un tiempo a esta parte.

El paro fue una experiencia que muchos trabajadores vivieron en la década de los 80. En aquellos años fue un verdadero drama humano y la razón que empujó a muchos a la lucha. Por lo tanto, es parte de esa historia invisibilizada de la desindustrialización y sus consecuencias sociales. A través de una primera aproximación a las luchas y movimientos contra el paro, se ha establecido una relación entre desindustrialización, desempleo y resistencia; una relación que se puede investigar y que hay que visibilizar.

Los trabajadores se resistieron a la desindustrialización, no solo protagonizando grandes conflictos y movilizaciones para defender sus empleos, sino también auto-organizándose, movilizándose y ayudándose una vez que lo habían perdido. Los diferentes movimientos que los parados crearon (asambleas y/o comités de parados) o las acciones que protagonizaron, como montar una barraca para recaudar fondos en los sanfermines, organizar una marcha por todo el estado, requisar alimentos en los supermercados o encaramarse a una grúa, nos han hablado de formas en las que los trabajadores trataron de hacer frente a la desindustrialización y sus consecuencias.

Si bien no hemos realizado más que una primera aproximación a los movimientos de trabajadores en paro de la primera mitad de la década de los 80, el análisis realizado permite plantear dos cuestiones relevantes de cara a avanzar en una historia de la desindustrialización y sus consecuencias en el estado español.

En primer lugar, la cuestión del protagonismo. Los estudios entorno a la conflictividad sociolaboral en los años 80 han rescatado a los trabajadores como protagonistas de la historia de la reconversión industrial. La lucha y la resistencia a la desindustrialización no la protagonizaron solo los trabajadores que se encontraban en riesgo de perder su empleo; también los que ya lo habían perdido y reivindicaban derecho al trabajo a la par que denunciaban los mecanismos que lo estaban destruyendo. Los parados también fueron sujetos activos en esta historia.

En segundo lugar, la cuestión de futuras investigaciones. Con esta primera aproximación el paro y los movimientos de parados se han mostrado como un objeto de estudio que puede y debe abordarse en relación con la desindustrialización y la propia historia obrera de los años 80. Más que afirmar, el análisis realizado ha posibilitado abrir y plantear una serie de líneas de investigación que futuras investigaciones podrían abordar. A continuación, remarcaremos cuatro que pueden resultar interesantes para desarrollar estudios que aborden el desempleo en su dimensión más combativa.

En primer lugar, poner atención en la diversidad de formas organizativas y nominales que adquirió el movimiento de parados. Aunque tal y como hemos visto se pueden identificar actividades y características comunes a los organismos de desem-

pleados, la variedad de formas organizativas, su origen y surgimiento y los impulsores de las organizaciones merecería mayor atención y clarificación. Esto permitiría subrayar la riqueza de las iniciativas de los trabajadores desempleados.

En segundo lugar, resultaría de sumo interés estudiar la importancia que las anteriores redes de militancia tuvieron a la hora de iniciarse en la militancia en contra del paro. Como hemos visto, en el caso de nuestro protagonista fueron esenciales, ya que su militancia activa en las iniciativas en contra del desempleo viene impulsada por un espacio militante en el que encuentra apoyos para hacer frente a su situación.

En tercer lugar, y relacionado con lo anterior, podrían plantearse estudios sobre el papel y la influencia de los partidos políticos y los sindicatos en los diversos organismos de parados. Cuando dos personas pertenecientes a la coordinadora de parados de Iruñea se encaramaron a una grúa en el palacio de la Diputación, *Diario de Navarra* remarcaba que la coordinadora estaba dominada por los sindicatos Langile Abertzaleen Batzordeak (LAB) y Candidatura Unitaria de Izquierda Sindical (CUIS).⁵⁵ Hasta qué punto esto es relevante para comprender la naturaleza de las luchas y el carácter de las acciones de los parados es una cuestión que futuras investigaciones podrían abordar para explicar el carácter de los diversos movimientos y las diferencias entre ellos,

En cuarto lugar, sería también interesante estudiar las relaciones establecidas entre los diversos movimientos de parados y otros organismos políticos, sociales y culturales. Analizar cuáles fueron las redes que posibilitaron la confluencia entre los organismos de desempleados y los sectores populares y los nuevos movimientos sociales, así como las continuidades y mutaciones apreciadas con respecto a las redes en las que se conformó la clase obrera en las décadas de los 60 y 70, no solo nos ayudaría a entender el apoyo logrado, las solidaridades o la magnitud alcanzada por los movimientos de parados; también arrojaría luz con respecto a la evolución de la clase obrera en los 80, a los espacios ganados o perdidos para su reproducción.

Finalmente, todas estas líneas podrían y deberían abordarse, a futuro, consultando y contrastando fuentes de diversa naturaleza y origen. Como hemos visto, las trayectorias de trabajadores, militantes y desempleados pueden ser una fuente interesante e indispensable para reconstruir parte de esas experiencias y esa historia. Pero a ellas hemos de añadir la perspectiva de otras figuras (mujeres, desempleados de perfil no militante, trabajadores en activo, militantes en los movimientos sociales de los años 80) y fuentes y materiales de origen tanto institucional como patronal.

Estudiando los movimientos de desempleados contribuimos a considerar el desempleo y las luchas contra él como parte de una experiencia, una memoria y una historia obrera que hay que recuperar, siempre que consideremos que los parados, también eran parte de la clase obrera en los 80.

En este sentido, mirando al presente y como reflexión final, cabe preguntarse qué utilidad tiene la categoría de clase obrera, si es que la tiene, en un contexto o en

una historia en la que la población trabajadora ha dejado de ser mayoritariamente industrial. Entendida como una identidad social y política ligada a una población trabajadora concreta, puede que ya no sea útil porque esa clase obrera, histórica, ya no existe. Pero entendida como una realidad que engloba a los «explorados, oprimidos y marginados en toda su diversidad» (Therborn, 2013, p. 35) continúa siendo una herramienta válida para analizar, pensar y entender algunos de los sujetos, conflictos y luchas que operan en nuestro tiempo.

NOTAS

1. *Diario de Noticias*: «Concluye el derribo de la Superser», 12/6/2019.
2. No solo en las fábricas. En el caso, por ejemplo, de la clase obrera en el estado español y bajo el franquismo, diversas investigaciones han señalado la importancia de otros espacios, como el barrio, en los procesos de conformación de las identidades obreras. Ver, por ejemplo, Tébar (2004), Perez Ibarrola (2017) o Domènech (2022).
3. Entendida, no como una concepto preconcebido o una definición en abstracto, sino como una realidad histórica que engloba tanto a sujetos históricos como a la identidad social y política desarrollado por ellos.
4. Para el caso de Reinos contamos con una tesis doctoral, Alas-Pumariño Sela (1994) y un documental, *Reinos 1987. Geografía de la crisis*, producida por Desmemoriados y Miradas Sociales.
5. A los ya mencionados trabajos de Beorlegui y Ruzafa, podemos sumar, entre, otros, los de Pérez Pérez, (2022) y un estudio de caso en torno a una empresa vizcaína: Altos Hornos de Vizcaya (Barrutia Etxebarria 2013).
6. Dificultades parecidas podemos encontrar en lugares en los que, aún después de la reconversión, el sector y la mano de obra industriales han conseguido mantener su fuerza. Véase, por ejemplo, el caso de comarcas de alta densidad industrial de Euskal Herria, como Vitoria-Gasteiz y el Alto Deba, en Galdós Urrutia y Ruíz Urrestarazu (2002).
7. Desde el punto de vista de la conflictividad laboral analizando un caso concreto, Perez Ibarrola (2022); desde el punto de vista de la economía y el caso de una empresa en concreto, De la Torre (2017). Como vemos, se trata de estudios parciales que en ningún caso nos dan una visión sobre la desindustrialización navarra como proceso.
8. Jódar y Guiu (2018) le dedican una aproximación en un estudio general sobre el desempleo y los desempleados en un capítulo introductorio, aunque no sea el objeto de estudio de la obra.
9. Sin embargo, y en comparación con los movimientos de la década de los años 30, la producción historiográfica es menor. Incluso cuando encontramos estudios sobre el desempleo y los movimientos de desempleados en los años 80, el planteamiento pasa por establecer comparaciones con los movimientos de los años 30. Ver, por ejemplo, Bagguley (1992) o Brady (2001).
10. Durante el relato se utilizarán diversas fórmulas para dirigirnos a él con el fin de preservar su anonimato.
11. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 16-31 de agosto de 1976, n.º 10, p. 34.
12. *El libro de la lucha contra el paro*. Edita: Movimiento Unitario de Parados. Documentación proporcionada por J.U., al que agradezco habérmela facilitado.
13. Era una entrevista enmarcada en mi proyecto de tesis doctoral que tenía por objeto trazar su trayectoria militante durante el franquismo. Lo resultados de la citada tesis doctoral y de las entrevistas de historia oral realizados en el marco de la misma en Perez Ibarrola (2017).
14. *El libro de la lucha contra el paro, op. cit.* Evidentemente, es una fuente a leer teniendo en cuenta que ofrece exclusivamente el punto de vista de los desempleados organizados y, más concretamente, de este organismo en particular, pero, precisamente por ello, es muy valiosa.
15. La consulta de prensa se ha limitados a *Diario de Navarra* por ser, en aquellos años, el diario de mayor tirada en Navarra. Esta consulta se ha complementado con la de la revista *Punto y Hora de Euskal*

- Herria*. En futuras investigaciones esta consulta debería ampliarse y abarcar otros diarios como *Navarra Hoy* y *Egin*.
16. «Y cuando me despidieron en el año 75, de la mina, pues entonces, me comentaron de la ORT y yo estaba de acuerdo [...] y de ahí me metí a la ORT directamente.» Entrevista realizada a J. U. en Pamplona el 10-06-2011.
 17. «y la gente me pasó [...] para poder comer». Entrevista realizada a J. U. en Pamplona el 10-06-2011.
 18. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 16-31 de agosto de 1976, n.º 10, p. 34. Se insiste en esta idea en la entrevista realizada: «[...] gente de la represión quedaríamos algunos evidentemente que si, porque si no todo aquello no tendría movimiento, porque todo aquello que se movía era la gente que había sido despedida cuatro años antes, tres años antes... pero la mayoría de la gente en paro en paro [era consecuencia] de la crisis, de la economía [...] se generaba cada vez mas paro y mas paro». Entrevista realizada a J. U. en Pamplona el 10/06/2011.
 19. Con barraca se refiere a las barras instaladas por los diferentes colectivos populares en un recinto específico que constituía en las fiestas un espacio de carácter reivindicativo y popular.
 20. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 16-31 de agosto de 1976, n.º 10, p. 34.
 21. *El libro de la lucha contra el paro*, *op. cit.*
 22. El objetivo de las coordinadoras de empresas en crisis era coordinar los esfuerzos de los trabajadores de las diferentes fábricas en situación de crisis en su lucha contra los despidos y en defensa del puesto de trabajo. Especialmente significativo es el caso de la coordinadora de Bizkaia, surgida en torno a la grave situación de la empresa Babcock & Wilcox al ser conscientes sus trabajadores de que su problema no era un problema aislado y de que solo podrían solucionarlo si se organizaban con el resto de empresas que se encontraban en igual situación. *El libro de la lucha contra el paro*, *op. cit.*
 23. Datos en *El libro de la lucha contra el paro*, *op. cit.*
 24. Entrevista realizada a J. U. en Pamplona el 10-06-2011.
 25. *El libro de la lucha contra el paro*, *op. cit.*
 26. *Diario de Navarra*, «Pospuesta la marcha de los parados» 24/12/1977, p. 18.
 27. *El País*, 19-3-1978, «Hoy culmina en Madrid la marcha de los parados»
 28. Palabras de Jesús María San Martín, miembro de la coordinadora de la marcha y del secretariado del sindicato unitario. Citado en *El libro de la lucha contra el paro*, *op. cit.*. Edita: Movimiento Unitario de Parados. Documentación proporcionada por J. U.
 29. Entrevista realizada a S. G. por Edurne Turrillas en Pamplona el 03/05/2023. La transcripción completa de la entrevista se encuentra como Anexo en su Trabajo de Fin de Grado *Emakumeen aktibismo anitza langile-mobilizazioetan: Erresuma Batuko meatzari komunitateetatik Potasas de Navarrako meatze-putzuetara* defendido en la UPNA en 2023. Inédito. Agradezco a la autora que me haya dado permiso para consultar y citar la entrevista.
 30. Una reciente aportación al tema de la amnistía laboral en Muñoz Ruiz y Fabiano (2023).
 31. *El País*, 28-08-1982: «Potasas de Navarra». Ver Majuelo et al. (2020).
 32. Mas sobre la evolución de la ORT y el SU en Navarra en Satrustegi (2022a y 2022b).
 33. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 17-24 de mayo, n.º 391, pp. 22-24.
 34. «con la ORT organizando hicimos una marcha también grandísima.» Entrevista realizada a J. U. en Pamplona el 10-06-2011.
 35. Plataforma acordada por los parados, organizados en el MUP. *Diario de Navarra*, «Los parados acordaron su plataforma», 16/12/1979, p. 2
 36. *Diario de Navarra*: «Diario de avisos», 03/13/1981, p. 2; «Constituido el comité de parados de la Milagrosa», 21/03/1981, p. 8; «Fricciones entre la parroquia y el comité de parados por la gestión de la oferta del empleo», 08/04/1984, p. 25.
 37. *Diario de Navarra*: «Constituido el comité de parados de la Milagrosa», 21/03/1981, p.8.
 38. *Diario de Navarra*: «Parados de Navarra», 17/07/1983, p. 2.
 39. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 17-24 de mayo, n.º 391, pp. 22-24.
 40. «lo imprescindible es un puesto de trabajo para los que no tenemos trabajo», *Diario de Navarra*, «La asamblea de parados da por zanjada la polémica con el comité de empresa de Koxka», 03/08/ 1983, p. 12.
 41. *Diario de Navarra*: «Parados de Lumbier denuncian contrataciones en Argal», 04/07/1984, p. 27.
 42. *Diario de Navarra*: «Encierro de un grupo de parados en la Oficina de Empleo», 13/03/1980, p. 16.
 43. *Diario de Navarra*: «Parados de Lumbier denuncian contrataciones en Argal», 04/07/1984, p. 27 y «Fricciones entre la parroquia y el comité de parados por la gestión de la oferta del empleo», 08/04/1984, p. 25.
 44. *Diario de Navarra*: «Planteamiento de acciones del MUP», 02/02/1980, p. 16 y «Protesta de la

- coordinadora de parados por el desalojo de los 20 representantes encerrados en el Ayuntamiento», 29/04/1980, p. 32.
45. Se puede entender que incluso sin pagar. *Diario de Navarra*: «Planteamiento de acciones del MUP», 02/02/1980, p. 16 y «Parados requisaran alimentos en grandes almacenes de Pamplona», 10/01/1985, p. 1.
46. *Diario de Navarra*: «Parados requisaran alimentos en grandes almacenes de Pamplona», 10/01/1985, p. 1. Otras noticias sobre acciones parecidas: *Diario de Navarra*: «Los asaltantes al supermercado dijeron pertenecer a coordinadora de parados», 19/02/1981, p. 3 y «Planteamiento de acciones del MUP», 02/02/1980, p. 16.
47. *Diario de Navarra*: «Fricciones entre la parroquia y el comité de parados por la gestión de la oferta del empleo», 08/04/1984, p. 25.
48. *Diario de Navarra*: «La coordinadora de parados por la jornada laboral de 30 horas», 06/09/1983, p. 2.
49. *Diario de Navarra*: «Los parados presentaron ayer en Pamplona una revista monográfica sobre el paro», 05/ 11/1983, p. 18.
50. *Diario de Navarra*: «Un grupo de parados obligan a leer un comunicado en Radio Vitoria», 05/08/1983, p. 3.
51. *Diario de Navarra*: «Los dos parados bajan hoy de la grúa del Palacio de Diputación», 19/06/1986, p. 32.
52. Para el caso de Iruñea, ver Perez Ibarrola (2017). Fue en estas redes, que conectaban entre sí fábricas, barrios, asociaciones culturales, sindicatos, AAVV e, incluso, grupos de montaña, donde se conformó una nueva clase obrera en Iruñerria. Si el movimiento de parados pudo desplegarse sobre muchas de estas redes es una hipótesis interesante que futuras investigaciones podrían que comprobar
53. *Diario de Navarra*: «Diario de avisos», 13/03/1981, p. 2.
54. Palabras de Cristina Sobrino, miembro de la Junta Directiva de la A.V. de Palomeras altas. Citado en *El libro de la lucha contra el paro, op. cit.*
55. *Diario de Navarra*: «Los dos parados bajan hoy de la grúa del Palacio de Diputación», 19/06/1986, p. 32.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALAS-PUMARIÑO, A. (1994): *Conflictividad laboral y reestructuración industrial: el caso de Reinos*. Tesis doctoral, Madrid: Universidad Complutense.
- ALMEYRA, G. (2004): *La protesta social en la Argentina: 1990-2004: fabricas recuperadas, piquetes, cacerolazos, asambleas populares*. Buenos Aires: Continente.
- BAGGULEY, P. (1992): «Acquiescence and the Unemployed: A Comparative Analysis of the 1930s and 1980s», *The British Journal of Sociology*, Vol. 43, n.º 3, pp. 443-461.
- BAGNASCO, A. (2007): «El capitalismo que cambia, el trabajo y las condiciones de vida», *Sociología del Trabajo*, n.º 61, pp. 7-29.
- BARRUTIA ETXEBARRIA, X. (2013): *Altos hornos de Vizcaya. Análisis crítico del cierre y testimonios vitales*. Bilbao: EHU.
- BENCLOWICZ, J. (2016): «Un movimiento de desocupados para la revolución. El Partido Comunista y la organización de los trabajadores desocupados hacia la década de 1930 en Argentina», *Revista de Historia Americana y Argentina*, vol. 51, n.º 2, pp.167-200.
- BRADY, Ann-Marie (2001): «Historical consciousness and the unemployed invoking symbols from the past to protest a cause», *New Zealand Journal of History*, vol. 35, n.º 1, pp. 70-84.
- BEORLEGUI ZARRANZ, D. (2018): «La fábrica como espacio de lucha y de memoria, el caso de Bilbao y la Margen Izquierda (1975-1995)», *Historia Contemporánea*, n.º 58, pp. 815-847.
- BERGER, S. y HIGH, S. (2019): «(De-)Industrial Heritage: An Introduction», *Labour Studies in working-class history*, n.º 16/1, pp. 1-27. <https://doi.org/10.1215/15476715-7269281>.
- CAMPBELL, A. y MCLLROY, J. (2008): «The National Unemployed Workers' Movement and the Communist Party of Great Britain Revisited», *Labour History review*, vol. 73, n.º 1, pp. 1-17.

- COWIE, J. y HEATHCOTT, J. (ed.) (2003): *Beyond the Ruins. The Meanings of Deindustrialization*. Ithaca-NY: Cornell University Press.
- DE LA TORRE, J. (2017): «Auge, quiebra y reconversión de la industria de electrodomésticos en España a la luz del Grupo Orbaiceta S.A., c. 1950-1990», *Investigaciones de Historia Económica / Economic History Research*, 13/1, pp. 26-37.
- DÍAZ MONREAL, J.L. (2012): *Las huelgas de Potasas*. Algorta: Ahaztuak.
- DOMÉNECH, X. (2022): *Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)*. Madrid: Akal.
- DUDLEY, K.M. (1994): *The end of the line. Lost jobs, new lives in postindustrial America*. Chicago: University of Chicago press.
- ELEY, G. (2003): *Historia de la izquierda europea. 1850-2000*. Barcelona: Crítica
- FRIEDEN, J. (2003): *Capitalismo global: El trasfondo económico de la historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- GALDÓS URRUTIA, R. y RUIZ URRESTARAZU, R. (2002): «La continuidad de la industria: Estructura y localización industrial en el País Vasco», *Ertia*, 59, pp. 337-370.
- HOBBSBAWM, E. (2011): *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- JÓDAR, P. y GUIU, J. (2018): *Parados en movimiento. Historias de dignidad, resistencia y esperanza*. Barcelona: Icaria.
- KÖHLER, H.-D. (dir.) (1996): *Asturias: el declive de una región industrial*. Gijón: Trea.
- LINKON, S.L. (2018): *The Half-Life of Deindustrialization. Working-class writing about economic restructuring*. Ann Arbor: University of Michigan press.
- MAH, A. (2012): *Industrial Ruination, Community and Place: Landscapes and Legacies of urban decline*. Toronto: University of Toronto.
- MAJUELO GIL, E. (2000): *Historia del sindicato LAB, Langile Abertzale Batzordeak (1975-2000)*. Tafalla: Txalaparta.
- MAJUELO, E.; PIÉROLA, G.; PEREZ, N.; GARMENDIA, G. y MENDIOLA, F. (2020): «Vulneración de derechos humanos durante la guerra civil y la etapa franquista en Pamplona. Informe pericial elaborado en marzo de 2017». *Memoriapaper(ak). Nafarroako Oroimen historikoari buruzko Dokumentazio Funttsaren Langaiak*, n.º 6.
- MARÍN ARCE, J.M. (2006): «La fase dura de la reconversión industrial. 1983- 1986». *Historia del Presente*, n.º 8, pp. 61-101.
- MARTÍN, L.R. (2013): «“California’s Unemployed Feed Themselves”: Conservative Intervention in the Los Angeles Cooperative Movement, 1931–1934», *Pacific Historical Review*, vol. 82, n.º 1, pp. 33-62.
- MAZZEO, M. (2014): *Piqueter@s. Breve historia de un movimiento popular argentino*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Quadrata.
- MEZZADRA, S. y NEUMANN, M. (2019): *Clase y diversidad sin trampas*. Iruñea: Katakarak.
- MUNCK, R. (2008): *Globalización y trabajo, La nueva «Gran Transformación»*. Barcelona: El Viejo Topo.
- MUÑOZ RUIZ, M y BABIANO, J. (2023): *La amnistía laboral en España durante la transición*. Madrid: Catarata.
- PEREZ IBARROLA, N. (2017): *Langileria berri baten eraketa. Iruñerria 1956-1976*. Iruñea: Nafarroako Gobernua.
- (2022): «Resistencia de obreros navarros y británicos a la reconversión industrial de los años ochenta. Conflicto, luchas y solidaridad internacional», *Historia del Presente*, n.º 39 pp. 69-88.

- PÉREZ PÉREZ, J. A. (2022): «Crisis, decadencia industrial y desmemoria obrera en el Gran Bilbao», en VEGA, R. y DÍAZ, I. [ed.]: *Desindustrialización: memoria, patrimonio y representaciones*. Gijón: Trea, pp. 371-386.
- RUZAFÁ, R. (2017): «Caras tristes de un proceso histórico. La desindustrialización de la ría de Bilbao en el último cuarto del siglo XX», *Historia, Trabajo y Sociedad*, n.º 8, pp. 11-33.
- SATRUSTEGI, I. (2022a): *Beste mundu bat nahi genuen. Nafarroako ezker inaultzailea (1970-1979)*. Pamplona-Iruña: Gobierno de Navarra.
- (2022b): «Unitary unionism in the transition: a general approach from Navarre», *Labor history*, vol. 63, n.º 6, pp. 686-704.
- SENNETT, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- STANDING, G. (2014): *El Precariado, Una nueva Clase Social*. Barcelona: Pasado & Presente.
- TÉBAR, J. (2004): «Entre el barrio y la fábrica. Culturas de la militancia sindical de l'àrea metropolitana de Barcelona (1939-1988)», *Revista d'etnologia de Catalunya*, n.º 25, pp. 136-140.
- TÉBAR, J. (ed.) (2011): *El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica*. Barcelona: El Viejo Topo.
- THERBORN, G. (2013): «Las clases en el siglo XXI», *New Left Review*, 78.
- TODD, S. (2018): *El Pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*. Madrid: Akal.
- TURRILLAS, E.; SATRUSTEGI, I.; RODRÍGUEZ, I. y PEREZ, N. (2023): «Borroka baten oihartzun galduak: Iruñerriko 1970eko hamarkadako lantegien kokapena eta desagertzea». *Memoriapaper(ak). Nafarroako Oroimen historikoari buruzko Dokumentazio Funtzaren Langaiak*, n.º 13.
- VEGA, R. (1998): *Crisis industrial y conflicto social. Gijón 1975-1995*. Gijón: Trea.
- (2012): «Cerrando el círculo. Eventualidad, reconversión y defensa del empleo en el astillero Naval Gijón (1975-2009)», en SIMOES DO PAÇO, A.; VARELA, R. y VAN DER VELDEN, S. [ed.]: *Strikes and social conflicts. Towards a global History*. Lisboa: International Association of Strikes and Social Conflicts / Instituto de Historia Contemporânea de la Universidade Nova de Lisboa, pp. 352-359.
- (2017a): «Against market rules. A shipyard nobody wanted (except workers)», en VARELA, R.; MURPHY, H. y VAN DER LINDEN, M. [ed.]: *Shipbuilding and Ship Repair around the World. Case studies 1950-2010*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- (2017b): «Arden las calles. Movilización radical y lucha por el empleo en Naval Gijón». *Sociología del Trabajo*, n.º 90, pp. 62-75.
- VEGA, R. y DÍAZ, I. (2022): *Desindustrialización: memoria, patrimonio y representaciones*. Gijón: Trea.
- WRIGHT, C. (2018): «Popular Radicalism in the 1930s: The History of the Workers' Unemployment Insurance Bill», *Class, Race and Corporate Power*, vol. 6, n.º 1.
Disponibile en: <https://digitalcommons.fiu.edu/classracecorporatpower/vol6/iss1/4>
- ZINN, H. (2021): *La otra historia de los Estados Unidos*. Logroño: Pepitas de Calabaza.

RESUMEN

Partiendo de la destrucción del patrimonio industrial en la comarca de Pamplona, este artículo indaga en la historia obrera que la desaparición de antiguas fábricas esconde: la de las consecuencias sociales de la desindustrialización y las luchas emprendidas para hacerles frente. En concreto, se hace una aproximación a uno de los aspectos menos estudiados de dicha historia: el desempleo y la lucha contra el paro. Se presenta una propuesta para investigar los movimientos de desempleados en la Comarca de Pamplona en la primera mitad de la década de los 80.

Palabras clave: desindustrialización, desempleo, movimiento de parados, patrimonio industrial, Navarra.

LABURPENA

Iruñeko industria-ondarearen suntsiketarik abiatuta, artikuluko honek antzinako fabriketako desagertuak ezkutatu dituen langile-historia ikertzen du, desindustrializazioaren ondorio sozialei eta haiei aurre egiteko hasitako borrokei buruzkoa dena. Zehazki, historia horretan gutxienez aztertutako bat du hizpide: langabezia eta langabeziaren aurkako borroka. Gaiaren azterketa egiteko 80ko hamarkadaren lehen erdialdean Iruñerrian sortu ziren langabeziaren mugimenduak ikertzeko proposamen bat aurkezten da, honako helburuekin: langabeziaren gaia desindustrializazioari buruzko azterlanen esparruan kokatzea, langabeziaren mugimenduak prozesu horren ondoriozko langile-gatazkaren adierazpen gisa bereiztea eta etorkizunari begira ikerketa-ildo berriak irekitzea.

Hitz gakoak: desindustrializazioa, langabezia, langabetu-mugimenduak, ondare industrial, Nafarroa.

ABSTRACT

On the basis of the destruction of the industrial heritage of Pamplona, this article investigates the history of the workers concealed by the disappearance of the ancient factories, concerning the social consequences of deindustrialization and the struggles undertaken to combat them. In particular, it deals with one of the least studied aspects of this history: the fight against unemployment and the fight against unemployment. In order to analyse the issue, a proposal is presented to investigate the movements of the unemployed that emerged in the region of Pamplona in the first half of the 1980s, with the aim of placing the issue of unemployment within the framework of studies on deindustrialization, distinguishing the movements of the unemployed as an expression of the labour conflict resulting from this process and opening up new lines of research for the future.

Keywords: deindustrialization, unemployment, unemployed movements, industrial heritage, Navarre.